

3826

EL CIERVO

REVISTA DE INFORMACION GENERAL . Año XXIV. Número 257 50 pesetas PRIMERA QUINCENA DE ABRIL DE 1975

BERNARDO LEIGHTON:



Chile
y
la
demo-
cracia

**LA EMPRESA DEL
POSFRANQUISMO**

EL CINE Y SU CENSURA



BERNARDO LEIGHTON Chile y la democracia

Bernardo Leighton, dirigente del sector demócrata-cristiano más próximo al presidente Allende, está ahora en el exilio. El tema de la conversación lógicamente tenía que ser este: pasado y porvenir de un Chile democrático y el papel de la Democracia Cristiana en todo ello. Conversan con Leighton — además de Antón Cañellas, que lo ha traído a nuestra redacción, y de algunos miembros de nuestro equipo —, el escritor chileno Jorge Edwards, y Xavier González Elorriaga, Ignacio Pujadas y Josep Ribera, que han vivido en Chile. La viveza polémica contribuye al interés de la charla.

Lo que dice el señor Pinochet de que no son transitorios quedará como una de tantas frases históricas.

ANTÓN CAÑELLAS.— *Aprovechando la visita a Barcelona de Bernardo Leighton creo que sería muy interesante que conociéramos un poco como él ve el futuro de Chile. Y qué posibilidad hay de crear otra alternativa a la actual situación chilena. Tú que eres un hombre que has salido de Chile para dar testimonio de que tu persona y tu ideología están frente a la dictadura podrías explicarnos qué trabajo haces para recuperar para Chile la democracia.*

BERNARDO LEIGHTON.— En cuanto a las posibilidades futuras de Chile pienso varias cosas más o menos concretas. En primer término, debo manifestar que la confianza que yo tuve hasta el último instante de que el proceso de profundas transformaciones que Chile estaba viviendo se continuará en democracia la mantengo totalmente. Yo creí que era posible, frente a los problemas que existían en mi país antes del 11 de septiembre del 73, encontrar una salida democrática a estos problemas. A todos los problemas: los políticos, los económicos, los sociales, los culturales. Creo que esa era también la convicción profunda del presidente Allende. Creo más: creo que Allende murió por esa convicción. Porque si él hubiera querido buscar un acomodo, lo habría podido hacer. Pero él prefirió ser fiel a su convicción de que la transformación en Chile hacia una nueva sociedad — para el socialista y para mí también, en un sentido amplio, pero con profundos valores cristianos — era posible hacerla en democracia, y en la democracia chilena. Creo que las últimas palabras de Salvador Allende heroicamente pronunciadas poco antes de morir confirmaron esa posición de él. Pienso por consiguiente que este punto de vista está vivo ahora. El 11 de septiembre sufrió una derrota, una terrible derrota. Pero está vivo.

Creo que es posible restaurar en mi país un proceso de transformación profunda de la sociedad cuyo eje sea pasar el poder del capital al trabajo, del capitalismo organizado al trabajo organizado, en todas las ramas del trabajo humano. Cuando sea restaurado el régimen de derecho en Chile este proceso habrá que hacerlo con todas las modificaciones propias

de la experiencia recogida a través de los gobiernos que actuaron frente a este proceso. El demócrata-cristiano lo empezó en líneas muy profundas, lo continuó Salvador Allende bajo otra ideología y lo destruyó la Junta Militar. Toda esta experiencia debe dar base para reflexiones que en último término se concreten en planteamientos que modifiquen la estructura dentro de la cual se realizaba el proceso antes y se cree una nueva estructura democrática en que el hombre del trabajo organizado tenga real y realmente una conducción de la vida del país en todos los aspectos. Para estos efectos aquí en Europa estamos muy preocupados para reunirnos hombres de distintas filiaciones ideológicas, no sólo demócrata-cristianos, buscando la manera de concretar lo que habrá que hacer en Chile cuando la dictadura termine. Es un trabajo principalmente conceptual. No es fácil, pero estamos muy interesados en llevarlo a cabo. Hemos tenido ya unos contactos y deben continuarse. Sobre esta base me parece que Chile tiene una gran perspectiva futura. No quiero confundir los pronósticos con mis deseos y no digo cuando empezará esta perspectiva, pero si acentuamos las características chilenas, entre las cuales está el largo proceso democrático chileno, el largo proceso transformador popular de Chile — un proceso que venía de muy lejos y que no había empezado con el gobierno de Salvador ni con el nuestro —, todo un afán de los trabajadores chilenos por crear en Chile una nueva estructura social y que no está muerto, sino derrotado, si conjugamos todos estos elementos, creo que esta etapa amarga y tristísima de mi país puede ser corta. Y lo que dice el señor Pinochet de que no son transitorios quedará como una de tantas frases históricas pronunciadas últimamente.

Todos los partidos demócrata-cristianos europeos han condenado el golpe, sin excepción.

JUAN JOSE MORALES.— *¿Qué parecido tienen los grupos de inspiración cristiana chilenos con los europeos?*

B. LEIGHTON.— No puedo hablar de Portugal, por ejemplo, porque no lo conozco, aunque por lo que parece desde acá me hace pensar que en el Democracia Cristiana portuguesa hay muchas equivocaciones y muchos "biombos", etiquetas que no corresponden a la realidad. En cuanto a los demás partidos

Europeos — italianos, belgas, holandeses, alemanes — con los cuales he tenido bastantes contactos, creo que hay una gran coincidencia en primer término en la inspiración cristiana. En segundo lugar, en una leal adhesión a los regímenes democráticos de cada uno de estos países. En tercer lugar, mayoritariamente en algunos países pero no en otros, una concepción de que la interpretación del pensamiento cristiano en la política de hoy debe ser en torno al hombre del trabajo. Estos tres elementos creo que están constituyendo la esencia de la política de inspiración cristiana en los países europeos entre los cuales hay coincidencias de fondo, con las particulares diferencias que se conocen. Las coincidencias se han manifestado claramente en el caso de Chile: todos han condenado el golpe, sin excepción. Todos han tenido frente a la Democracia Cristiana chilena una actitud de observación. También me refería yo a grupos de inspiración cristiana que no son demócrata-cristianos. En Italia hay grupos chilenos de la Izquierda Cristiana; están allí también representantes del MAPU. Hemos formado allí un centro de formación, estudio e información con ramificaciones en otros países, que fundamos en Roma dos demócrata-cristianos, un hombre del MAPU y uno de la Izquierda Cristiana. El objeto es plantearnos el problema chileno para ahora y para más tarde desde un punto de vista político de inspiración cristiana.

JUAN J. MORALES. — *Creo recordar que Juan Gomis, en un estudio que realizó hace tiempo sobre la Democracia Cristiana, decía que era posible una trayectoria de estos grupos hacia una especie de "demócratas por el socialismo". ¿Se dirigen efectivamente hacia el socialismo los grupos demócrata-cristianos o de inspiración cristiana?*

B. LEIGHTON. — Nosotros en Chile planteamos oficialmente la idea de que la perspectiva futura de la Democracia Cristiana caminaba hacia un socialismo comunitario, pluralista y democrático. Los otros partidos de Europa no tienen la misma posición, no emplean la palabra socialista. Por eso yo lo explicaba que las coincidencias no eran con respecto a este término, pero sí con respecto al contenido del socialismo que nos interesa, que es la hegemonía del hombre del trabajo en la vida del país.

En la Democracia Cristiana chilena hay dos posiciones: una condenó el golpe y la otra no.

JORGE EDWARDS. — *Me gustaría conocer tu opinión sobre la unidad actual de la Democracia Cristiana en Chile. ¿Hay una división profunda, hay cierta unidad? Para mí, parece que hubiere actualmente en Chile una colaboración de sectores del ala derecha de la Democracia Cristiana con el gobierno. No sé, por ejemplo, si el ministro de Economía o el ministro de Hacienda han sido militantes de la Democracia Cristiana alguna vez, si Raúl Sáez lo ha sido...*

B. LEIGHTON. — Raúl Sáez no ha sido jamás demócrata-cristiano. Me atrevería a decir que no muy demócrata tampoco. El ministro de Hacienda fue demócrata-cristiano, pero renunció a la Democracia Cristiana antes de hacerse cargo del ministerio. La situación es la siguiente: en el partido no hay división, porque el partido oficialmente no existe. Había desde antes dos posiciones ante el gobierno de Salvador Allende, que se tradujeron frente al golpe militar también en dos actitudes diferentes. Frente al gobierno de Salvador las dos posiciones coincidían, sintetizando mucho, en plantear la necesidad de una rectificación de la política de Allende en torno a excesos que se consideraban cometidos por el gobierno y que la propia Unidad Popular reconocía en algunos aspectos. Pero todo dentro del cuadro democrático. También en crear estructuras jurídicas adecuadas, sobre todo en materia de participación laboral. Frente a esto la posición uno, digamos, consistía en confiar en la posibilidad de llevar adelante esta política, y no sólo de confiar, sino de hacer el esfuerzo de llevarla adelante. La otra posición no confiaba en esta posibilidad, si bien no se negaba a que las corrientes que estaban de acuerdo con ella hicieran esfuerzos. Eso cambió cuando, en la reunión interna del partido en mayo de 1973, la primera corriente perdió la directiva del partido y la tomó la segunda corriente. Oficialmente se mantuvo la posición del partido, incluso se hicieron esfuerzos, pero la verdad es que no podían hacerse estos esfuerzos con el mismo ánimo y dentro del mismo cuadro en que se habían hecho antes. Cuando vino el golpe, por consiguiente, estas dos posiciones se manifestaron: la primera, condenando el golpe; nosotros condenamos el golpe, rendimos homenaje a Allende por su valor heroico de defender la autoridad constitucional hasta el final, y planteamos que empezáramos a luchar de inmediato

por la restauración del régimen de derecho. La otra corriente tuvo la actitud que ustedes conocen: comprender que los errores de la Unidad Popular, que el comunismo, que el golpe de extrema izquierda que venía encima — todo lo cual, por cierto, era falso, aunque muy bien programado para hacer creer que era verdad — ... y contemplar qué hacía la Junta. El curso de los acontecimientos ha hecho que esta corriente, según informaciones muy recientes que he tenido en España de un hombre que llegó hace poco, ya no exista en cuanto a creer que la Junta pueda cumplir lo que dijo, no en cuanto que se arrepienta de haber tenido la actitud primitiva. Pero esa corriente aparece hoy día en contra de la Junta, de tal manera que habría unidad, que nunca se ha roto, por otra parte, pero matizada. Estamos dispuestos a seguir buscando la unidad, pero con dos condiciones muy claras: primero, ningún contacto oficial, ni público ni privado, con los ocupantes del poder, con la Dictadura, ninguno; segundo, leal disposición para coordinar nuestra labor contra la dictadura con otras fuerzas que también estén en contra. Esta es la situación actual: no hay divisiones, hay unidad muy de fondo, muy matizada, y muy claramente compuesta de dos posiciones, que no piensan, por lo menos la nuestra, a la otra sin el cumplimiento previo de las condiciones que he señalado.

LORENZO GOMIS. — *¿La diferencia entre las dos corrientes es puramente conceptual o hay nombres u organizaciones representativas de ambas?*

B. LEIGHTON. — Organizaciones no hay. En nuestro partido, a diferencia del italiano, no se institucionalizaban las tendencias — tal vez fue un error nuestro, porque algunas se salieron —. Hay personas que pueden expresar las dos posturas. El que mejor ha expresado la segunda es Patricio Edwin y al lado de él Eduardo Frei; también han estado otros como Carmona, mucho más allá de los dos, porque Carmona es un colaborador de la Junta, como dice él mismo a la prensa. En la otra línea hemos estado Rodomiro Tomić, Renán Fuentelba y he estado yo también; Gabriel Valdés también piensa como nosotros, pero él no puede actuar porque tiene un cargo en las Naciones Unidas.

J. EDWARDS. — *Pienso que sería interesante que Bernardo nos hablara de la represión contra la Democracia Cristiana.*

B. LEIGHTON. — Sí. Nosotros hemos tenido una represión desde el comienzo en elementos sindicales, en elementos estudiantiles, en centros culturales y universitarios, también en elementos campesinos. Esa represión se mantiene. Actualmente la directiva de Edwin ha hecho llegar a la comisión de derechos humanos de Ginebra toda una lista de dirigentes demócrata-cristianos que han sufrido la represión, y al mismo tiempo, toda una larga lista de dirigentes sindicales de otras tendencias políticas que también han sido reprimidos. Nosotros hemos tenido también, entre los parlamentarios, el caso de Renán Fuentelba, expulsado del país, el caso de Claudio Huepescu, que primero estuvo tres o cuatro meses sin expresión de causa y después expulsado del país, y el caso mío, que es menos grave, porque yo ya estaba lejos de Chile cuando se me ha prohibido el regreso al país. Eso sería en líneas generales, pero supe que también están expulsando gente de los servicios públicos.

Las dos posiciones de la Democracia Cristiana chilena se dirimirán cuando podamos hacerla digna y libremente.

IGNACIO PUJADAS. — *En cuanto a esta intransigencia que parece que es total en relación con la otra línea del partido, a mí me parece que es demasiado tarde. Ahora estamos en el momento de las lamentaciones — que es bueno que exista, porque sería peor que no existiera —. El papel de la Democracia Cristiana era decisivo para salvar el proceso democrático chileno hacia el socialismo. Había personas que estaban bastante a la izquierda, como podría ser el caso de usted, de Tomić, etc. ¿Por qué ustedes, que tenían un poder real de convocatoria, guardaron silencio en aquellos momentos, que era cuando en realidad se jugaba todo el proceso chileno? ¿Por qué callaron y no expresaron hacia fuera esa línea más izquierdista, en los momentos cruciales del proceso?*

B. LEIGHTON. — La verdad es que no callamos. Hicimos todo lo que pudimos, privada y públicamente, para que el partido se colocara en la línea que a nosotros nos parecía la justa. Desde luego lo hicimos en la reunión de mayo, en que nosotros perdimos la presidencia, la dirección del partido. Y después continuamos planteando la necesidad de buscar con Salvador Allende acuerdos en aquellos puntos neurálgicos de la vida del país cuya solución era indispensable para mantener el régimen

democrático y abordar otros problemas más profundos. Eso lo planteamos públicamente. Yo de un modo personal no hablé en el recinto de la Cámara, eso es verdad, pero yo no lo hice porque pensaba que era mucho más útil que sin hablar en público tuviera yo justamente uno de los argumentos para convencer y persuadir internamente. Muchas veces la publicidad perturba la eficacia de la acción verdadera. Pero nosotros siempre planteamos nuestro punto de vista en entrevistas, en reuniones, en declaraciones a la prensa, en nuestra campaña electoral... Nosotros no negamos nuestra postura, pero internamente la perdimos. Después del golpe sí que hablamos públicamente.

I.PUJADAS.— Pero entonces en una situación como esa, en que la línea de uno pierde democráticamente dentro del partido, ¿hasta qué punto la disciplina del partido puede sobreponerse a la opción personal que uno cree que en conciencia es la que se debe seguir? ¿Hasta qué punto esto no es un mito que bloquea y que en definitiva echa al traste posibilidades que quizá de haberse salvado hubieran salvado la democracia en Chile?

B.LEIGHTON.— Esa es una cosa, Ignacio, muy difícil de resolver. Hay pruebas para todo: podría haber pruebas de que nosotros, por no romper la disciplina del partido, terminamos en el 11 de septiembre, pero eso mismo prueba que los que rompieron la disciplina también terminaron en el 11 de septiembre.

I.PUJADAS.— Porque no se sumaron los otros, quizá...

B.LEIGHTON.— Pero el hecho es que la postura de luchar adentro como la postura de salirse para luchar afuera, las dos posturas perdimos el 11 de septiembre. Es muy discutible. Yo creo que las democracias necesitan de grandes partidos políticos y que hay que hacer esfuerzos inhumanos para que sean los partidos los que mantengan la unidad y la orientación. La unidad no por la misma unidad, sino por los propósitos. Pero creo que es importante mantenerla. Ahora mismo, por ejemplo, nosotros hemos dicho a Edwin y a Frei y compañía cuando se produjo el golpe: "Miren, nosotros dejaremos de ser demócrata-cristianos, expulsados o muertos, pero ahora diremos lo que se nos ocurra, dónde y cuando se nos ocurra". Y lo hemos hecho desde el primer momento. Lo que dice Edwin en Alemania es la opinión del señor Edwin, no la del partido. Y lo que ha dicho Frei en España es la opinión del señor Frei. Ahora, llegará el día — si Dios quiere, pronto — en que a todos se nos juzgue. Y si por una cosa que yo no espero hay una opinión que diga que lo que hicieron Edwin y compañía de justificar o explicar el golpe y después colaborar, esa es la Democracia Cristiana, nosotros le diremos: "Quédese usted con esa Democracia Cristiana". Pero eso cuando se pueda hablar libre y dignamente en Chile. Las dos posiciones de la Democracia Cristiana chilena se dirimirán cuando podamos hacerlo digna y libremente.

Hubo en los grandes sectores de los intereses imperialistas norteamericanos un estudio muy a fondo de cómo desestabilizar a Allende.

J.EDWARDS.— De hecho también hubo intransigencia en ciertos sectores de la Unidad Popular con respecto a un entendimiento político con la Democracia Cristiana, que a mi juicio era la única salida política de la situación. Lo demás era una salida violenta que, a mi juicio también, le daba más posibilidades de triunfo al fascismo que a la izquierda. ¿Hasta qué punto este factor de intransigencia de algunos sectores de la Unidad Popular (que no creo que existiera jamás en Salvador Allende), puede haber endurecido esta ala más derechista de la Democracia Cristiana?

B.LEIGHTON.— Así fue. Hubo una extrema izquierda que estaba fuera de la Unidad Popular, con algún sector interno dentro de ella, que evidentemente hacía planteamientos a mi juicio demasiado irracionales porque ponía a Salvador Allende en una alternativa imposible. Llegaron a tratarle no de revolucionario, sino de reformista, lo que a Salvador era herido muy fuertemente en sus sentimientos. Y el reformismo consistía en que él creía, como creo yo que los hechos le dieron la razón, que había que andar con cautela. Estos sectores no querían la cautela. El tenía razón.

XAVIER GONZALEZ ELORRIAGA.— Estamos hablando siempre a nivel de divisiones políticas y no de sectores sociales y nos falta una cantidad de elementos que a mí me preocupan mucho. Por ejemplo, la Democracia Cristiana ha tenido siempre muy poca ideologización. Recuerdo en mis tiempos que la gente



Ignacio Pujadas: ¿Puede la disciplina de partido sobreponerse a la opción personal?

Jorge Edwards: Un entendimiento entre la Unidad Popular y la Democracia Cristiana era la única salida posible.

no sabía por qué era demócrata-cristiana, era una posición de grupo social. El demócrata-cristiano era fundamentalmente un activista, desconocía los postulados teóricos de gestión comunitaria, la posición ante el trabajo, etc. (más o menos válidos, esto es otro asunto). Esta poca ideologización es la causa de que se pudiera encontrar — como vi yo cuando estuve en Chile — gente que había que calificar objetivamente de fascizante. Antiguos compañeros míos, que actuaban con profundo odio respecto a la posición de Allende, haciendo un boicót cerrado y entusiasmados incluso con cualquier salida violenta de la situación. Creo que los partidos, aun cuando tienen un ala izquierda, terminan estando dominados por la situación social. Es decir, intransigencia por parte del MIR, sí, intransigencia por parte de Edwin, de acuerdo, pero, ¿y la gente? ¿Dónde estaban las responsabilidades ideológicas de la ideología que decía sostener la Democracia Cristiana?

B.LEIGHTON.— Yo pienso que en el partido hubo una deficiencia notable en cuanto a la concientización, a la formación de los miembros del partido en torno a los ideales, ideas, programas, posiciones y medios de la Democracia Cristiana. Eso es cierto...

X.GONZALEZ ELORRIAGA.— Pero yo no creo que esto sea casual. Fíjese usted. Es increíble cómo cambia la propaganda demócrata-cristiana a partir del segundo año de Allende. Ningún argumento antilimperialista, ningún argumento de gestión que sirva a la gente, ningún argumento de los propios de lo que era la ideología demócrata-cristiana. No sólo no se divulgaron, sino que se fue hacia atrás, y no era casual. ¿No era la única forma de desmovilizar los sectores de la clase media que podían sentirse culpables ante una operación profunda contra Allende?

B.LEIGHTON.— Voy a tratar de contestarle en la forma más completa y objetiva posible. Yo pienso que hubo en los grandes sectores de los intereses imperialistas norteamericanos un estudio muy a fondo de cómo desestabilizar a Allende. Eso lo estudiaron muy a fondo y hay muchas cosas, miradas ahora hacia atrás, que se descubren en sus orígenes y en sus causas. No sería nada extraño que se hubiera visto toda esa necesidad de introducir dentro de la propia Democracia Cristiana, de acuerdo con los sentimientos de los demócrata-cristianos, algunos elementos tremendamente explosivos para la destrucción del proceso que estaba en marcha. No es nada extraño. Creo que precisamente había que hacer un análisis muy profundo ahora respecto a los métodos que usa actualmente el capitalismo imperialista para

destruir las democracias. Pienso que efectivamente fue así. Creo sin embargo que no hay fatalismos en la historia, de manera que se puede llegar a conseguir y a formalizar toda una estrategia y una táctica (soy poco amigo de emplear estos términos, más sociológicos que políticos) con el objeto de que no se repita lo que nos pasó a los chilenos. Creo que esto es posible. Y no creo en la fatalidad que porque haya estos grandes intereses, que por cierto no van a desaparecer cuando caiga la dictadura, sea imposible establecer un sistema de leal democracia transformada en un instrumento encaminado a la creación de una nueva sociedad cuyo eje sea el hombre del trabajo, no el capital. Ahora bien, eso requiere un gran esfuerzo y la colaboración de muchos sectores. Creo, además, que eso requiere de un sentido fraternal verdaderamente inspirado en el evangelio. Tú dijiste algo muy cierto: que notaste odio. Había odio. Yo creo que una de las cosas más absurdas y más contrarias al sentido de la razón, y del evangelio por cierto, fue aquello que hicieron muchos contra uno, contra Allende: frente al odio que verdaderamente había en algunos sectores de la Unidad Popular, se respondió con el odio contrario, no con lo contrario al odio. Eso es una cosa fundamental para una verdadera política de inspiración cristiana. Estoy de acuerdo contigo, en resumen, en las críticas que hacías, pero no en la concepción fatalista de que los grandes intereses van a mandar siempre.

...Pero no debe partirse del fatalismo de que los grandes intereses hacen imposible una política de transformación social.

X. GONZALEZ ELORRIAGA.— *A mí me dijeron antiguos compañeros que si el partido no se iba a la derecha la gente abandonaba el partido. Gente de esas clases medias que ya se sabe que están a caballo en según que procesos. ¿Es verdad eso, o el partido se adelantaba?*

B. LEIGHTON.— *Creo que no es verdad. Yo era vicepresidente del partido todavía en las elecciones de marzo y nosotros hicimos un pacto electoral con la derecha, con el Partido Nacional, pero planteamos que ese pacto no implicaba pacto político. Incluso la propaganda la hicimos por nuestra cuenta y riesgo combatiendo las posiciones del Partido Nacional. El resultado fue que el Partido Nacional no sacó lo que esperaba y nosotros sacamos más de lo que pensábamos. Nosotros subimos nuestro porcentaje sin ir hacia la derecha, con algunas cargas, eso sí tal vez, más allá de lo necesario en la propaganda concreta de algunos candidatos. Pero te voy a poner otro ejemplo: En el primer distrito de Santiago a mí se me había ofrecido ocupar el primer lugar de la lista. Yo dije que no: "En primer lugar va una dama". Además no quería encabezar una lista en la que había el señor Anello y una serie de personas... A mí se me dijo que si no me ponía en línea y no decía que el marxismo aquí y acá me iba a ir mal. Eso me lo dijeron los sectores que apoyaban mi candidatura. Yo no hablé contra el marxismo en la campaña. Yo traté de ser cristiano, pero tampoco ando por ahí diciendo que el cristianismo para arriba y el cristianismo para abajo, y el marxismo lo discutí en la cátedra o en las academias, pero si hay un hombre marxista que coincide con mi idea yo lo acepto. Yo planteé lo que había planteado mucho tiempo: la necesidad de llegar a acuerdos con Allende, la hegemonía del hombre del trabajo, de ser leal con la democracia chilena, etc. Resultado final: la primera mayoría en Santiago, no sólo de los demócrata-cristianos, sino de todos los coandidatos a diputados. Uno de los más entusiastas en el antimarxismo sacó las últimas votaciones y ninguno de los más empeñados en esta postura superaron la votación que yo saqué.*

X. GONZALEZ ELORRIAGA.— *El problema es el resto del aparato, que al final conquistó el dominio; eso no llegaba al militante...*

B. LEIGHTON.— *Claro. Es otro de los grandes elementos que hay que estudiar. Entre los elementos de toda esta confabulación interior y foránea estaba un control de medios de difusión de masas tremendo. El golpear en ciertos puntos vitales, como fue la huelga de los camioneros, hecha expresa y científicamente para derrocar a Allende y que agudizó el problema económico en términos tremendos, pues cortaba los centros de abastecimiento, la relación con los pueblos, etc. Enseguida, el pretender, como se hizo a través de ciertos abogados, crear una imagen de ilegitimidad de Allende, etc. Todo eso es materia de estudio y de análisis, pero no debe partirse de la base del fatalismo de que los grandes intereses hacen imposible una política de transformación social en términos profundos.*

La democracia no se sustenta sola, se sustenta en la medida en que los demócratas la sustentan.

A. CAPELLAS.— *Yo quisiera solamente añadir dos cosas. Primeramente que para mí muchas veces los dirigentes demócrata-cristianos de muchos países se equivocan y son ellos los conservadores, pero no su propio partido. Me parece que no podemos frustrar el sistema democrático. El sistema democrático se basa en las elecciones y debemos juzgar con las elecciones y no con lo que digan diez, veinte o cuarenta personas, que puede ser un abanico importante de lo que era la democracia cristiana, pero que no eran representativas de ella. La Democracia Cristiana en Chile estaba representada por el voto electoral. Para mí eso es importante, porque por ejemplo en Cataluña la Democracia Cristiana durante la guerra civil tuvo una actitud de absoluta fidelidad a la República y en momentos mucho más graves que los de Chile, porque en Chile había problemas económicos, pero no una guerra religiosa. Los dirigentes demócrata cristianos catalanes se mantuvieron fieles a la República, a pesar de que había una guerra religiosa, de que se asesinaba a religiosos y a gente por el hecho de ser cristianas. Yo no quiero en este momento juzgar a Frei. Sólo planteo esta realidad: había una situación revolucionaria con planteamientos muy duros en la calle y los dirigentes de Cataluña se mantuvieron fieles y defendieron sus principios. En Chile, desgraciadamente, una parte importante de los dirigentes demócrata-cristianos no lo hicieron. Otros sí, como Bernardo y Tomic, etc.*

Por otro lado, y dejando aparte lo de la base sociológica de la Democracia Cristiana, que ha de ser siempre un partido popular, me parece que había un problema que es más complejo, que es la credibilidad de la línea marxista. Para mí en Chile se planteaba una incógnita sobre si habría nuevas elecciones. Para mí esto es el fondo: esta credibilidad que tenemos que tener, tanto los que están en los sectores marxistas como los que no estamos en otros sectores. Si no hay esta credibilidad, toda forma de alianzas, acuerdos, etcétera, puede romperse, si no llegamos auténticamente a creernos que defendemos unas mismas posiciones...

J. EDWARDS.— *Yo realmente pienso que en Chile un sector mayoritario de la Unidad Popular y particularmente Salvador*



X. González Elorriaga. La Democracia Cristiana ha tenido siempre muy poca ideologización.

J.J. Morales: ¿Se dirigen al socialismo los grupos de inspiración cristiana?

Allende aseguraba esa credibilidad. Me parece que la posición, por ejemplo, del Partido Comunista chileno era una posición leal en lo que se refiere a los principios de la Unidad Popular, a la forma de transición pacífica que contemplaba la Unidad Popular. Había en la Unidad Popular corrientes que eran concretamente escépticas a la posibilidad de la transición pacífica, y por consiguiente a la posibilidad de mantener el sistema democrático. Pero la mayoría estaba de acuerdo.

I. PUJADAS.— ¿Qué se esconde a nivel de subconsciente, porque a nivel de consciente no hay que juzgar intenciones, en este como temor que parece que hoy en día capitaliza mucha gente, ante la credibilidad de que hubiera nuevas elecciones? ¿Está realmente el deseo de defender a la democracia, o está implícito el intuir que si no se defiende la democracia formal los intereses de clase que están marcando nuestra sociedad, que son diferentes y contrapuestos, corren el riesgo de perderse? Cuando los sectores del capital defienden a ultranza esta democracia ¿se está buscando el protagonismo del trabajador para que el poder pase del capital al trabajo, o por el contrario saben que es la última carta que tienen para que en condiciones presuntamente de igualdad a nivel legal puedan asegurar su hegemonía de clase y por tanto su poder económico, cultural, ideológico, etc...?

J. EDWARDS.— Yo contestaría a esto, desde luego. Creo que es un hecho que el socialismo marxista se ha establecido en países que carecen de tradición democrática. Entonces no se plantea el problema de las elecciones en estos países. Y esto ha producido en los países que tienen esta tradición un temor, que a mi juicio es justificado, de ir a una especie de burocracia estalinista en un país en que la tradición no hace necesario llegar a este extremo. Creo que esta es una parte del temor que existía en Chile en ciertos sectores, y eso hacía que el planteamiento de Leighton, que no era un planteamiento derechista en absoluto, se dirigiera a gente que en el fondo quería esta experiencia de paso al socialismo, pero con cierto temor de dominación estalinista, digamos. El eco que tuvo tu elección, para mí, es muy significativo en este sentido.

X. GONZALEZ ELORRIAGA.— Yo creo que cuando realmente en democracia se intenta hacer reformas profundas, hay un límite que un sector que confía en la izquierda puede aceptar. Pasado ese límite muchos abandonan y se pasan radicalmente a la oposición. Pregunto si no sucedió esto con el problema del área de la propiedad social, aquellas noventa empresas famosas. Si Allende hubiera transigido en este aspecto probablemente hubiera aumentado su credibilidad en la misma medida que demostraba que las reformas profundas quedaban aplazadas por algún tiempo.

B. LEIGHTON.— Creo que estos problemas que estamos tratando son problemas netamente políticos, no netamente doctrinales. Y la política es el arte de lo mejor posible, así como la doctrina busca lo mejor abstracto. Ahora, ¿qué pasaba en Chile? Yo creo que en el subconsciente de muchos sectores de derecha extrema había la idea que la democracia chilena —al revés de lo que tú decías, Ignacio— no era el cauce para ella, sino para los trabajadores. Y por eso fue que destruyó el cauce. Este es el mayor peligro para la democracia. Existía también el otro, el de la extrema izquierda, formada sobre todo por muchachos jóvenes que no distinguían bien todavía lo que es la política de lo que es la doctrina y que no comprendían a Salvador, un viejo demócrata socialista, que había vivido cuarenta años en la democracia nuestra, no en otra y que veía que el mejor camino posible —no el mejor abstracto— era el que él seguía. Por eso murió por él y ese es el valor de la muerte de Allende. En su discurso de La Moneda ratifica —por algo lo hizo, Salvador estaba perfectamente consciente— que él había defendido la Constitución hasta el final. Los grupos de extrema izquierda no concebían esta posibilidad porque no habían vivido, porque es muy difícil apreciar bien las cosas en lo que son y en lo que no son cuando no se han vivido. Miren: en una mesa como esta, en Roma, tuve una larga conversación con Edgardo Henríquez. Y le explicaba esto mismo. El muchacho después se fue con otros amigos míos que me contaron que les había dicho: "Cuánto se aprende hablando con este viejo". Con los viejos hay que hablar, naturalmente.

Chile era un país que no estaba preparado para lo que le hicieron estos tipos del 11 de septiembre y que si lo hicieron van a chocar contra la realidad y la tradición y la historia y el alma de Chile, que al final los va a repeler. Este es el fondo. Yo leí un artículo tuyo, Ignacio, en que hablas de que la democracia no puede reducirse a un sistema en que un tipo vota y entonces nunca van a ser igualmente libres si vota el rico o vota el pobre. ¡Claro que no! La democracia no es sólo el voto, Ignacio, la democracia es todo un conjunto de instituciones dentro de las cuales el hombre de trabajo tiene que ir adquiriendo instrumentos para ser

el protagonista del proceso de su país. Pero tiene que hacerlo en libertad, en democracia, en leyes, en muchas cosas. Y esa democracia no se sustenta sola, se sustenta en la medida en que los demócratas la sustentan. Ahí está la falla de todos los políticos chilenos. Pero yo espero no cometer una nueva falla, que sería la de no luchar por restablecer, con la experiencia recogida, todo lo que cayó el 11 de septiembre. Los muchachos de la extrema izquierda se convencieron muchos de ellos de que se les había pasado la mano. Y nunca fueron el peligro que se les atribuyó a ellos. Nunca. Un alto jefe de la Democracia Cristiana me dijo: "Es que si no hubiera venido el 11 de septiembre hubiera venido el golpe de la extrema izquierda". Yo le dije: "Esto está dentro de lo posible. Pero acuérdate de lo que discutíamos dentro del partido: el peligro próximo y grande era el otro. El de la extrema izquierda era remoto y pequeño". Los hechos nos han dado la razón. Han de saber que los militares adelantaron el golpe cuando vieron que se estaban resolviendo los problemas...

J. EDWARDS.— Cuando oyeron hablar de plebiscito.
B. LEIGHTON.— Cuando vieron que Allende iba a plantear la solución. ¡Las soluciones estaban en marcha! Pero el señor Pinochet hacía cinco meses y veinte días que estaba comprometido en un pacto de honor con nueve militares más para derrocar a Allende...

El marxismo hace un análisis de la sociedad, pero no da una receta política. El problema es que hay que distinguir entre la ideología y la política.

LORENZO GOMIS.— La experiencia chilena se parece mucho a la española. Hay una actitud humana que es la democrática y la de las personas educadas, de que las formas prevalecen sobre los contenidos, es decir, que yo puedo estar odiando a una persona y sin embargo he de mantener las formas y he de adaptar a las formas mis sentimientos. Y otra actitud menos elaborada y más primitiva en la que los contenidos prevalecen sobre las formas: si uno quiere hacer daño a otro, le pega. Y así me parece, y voy un poco al planteamiento de Ignacio, que por un extremo o por otro los contenidos (y no me refiero sólo a los intereses, sino también a las ilusiones) prevalecen sobre las formas. Entonces ocurre que en países donde las elecciones han dado una mayoría para las gentes que se adaptan al juego de las formas, en un momento determinado los sentimientos se van creciendo por los dos extremos —ocurrió en Chile y en España— y resulta que las personas que dan el predominio del contenido sobre las formas se hacen con el país. Por un lado o por el otro. Me parece interesante plantear por qué ocurre esto. ¿Es una simple cuestión de civilización? ¿Es una...



Joseph Ribera: Tengo que saber qué tipo de libertad se va a conseguir.

Antón Cañellas: La Democracia Cristiana debe ser siempre un partido popular.

responsabilidad de los políticos, que en un determinado momento se pasan a responder como ecos de estas personas, que en principio son pocas, pero que por estas corrientes emotivas que ocurren en los pueblos llegan a hacer saltar la forma?

B. LEIGHTON.— Yo pienso como usted. Los políticos somos los grandes responsables, unos porque impulsaron, los políticos de extrema derecha, y otros porque no tuvimos a tiempo la posibilidad de enfrentar y de dominar la confabulación. Eso me parece evidente. Detrás del cuadro político estuvieron todos los otros. Aquí había una confabulación de grandes intereses para que Chile no continuara el proceso de transformación en que estaba. Y había la resolución de que si para ello había que quebrar la democracia, se quebraría la democracia. Eso fue lo que no vimos con claridad.

J. EDWARDS.— Yo creo que el proceso venía de antes.

B. LEIGHTON.— Desde luego venía del tiempo nuestro. No fue por casualidad que tomé presa a toda la directiva del Partido Nacional cuando quiso sublevar la Marina.

J. EDWARDS.— Pienso que a Norteamérica le preocupaba la existencia de Chile como tal, de ese Chile democrático que admitía ya la posibilidad de una transición al socialismo.

A. CANELLAS.— Nosotros hemos sido juguete unos y otros de la derecha. Unos y otros fuimos maniobrados. La Democracia Cristiana, por un lado, maniobrada diciendo "esta gente no van a hacer más elecciones" y el ala izquierda maniobrada al creer que la Democracia Cristiana estaba preocupada sólo por la democracia formal. Es un problema de credibilidad. Yo lo he dicho públicamente y afirmo que la credibilidad era uno de los principios de Salvador Allende. Fue nuestro propio entendimiento lo que nos falló. Porque fuimos maniobrados por la derecha, que imposibilita el diálogo entre nosotros.

JOSEP RIBERA.— Yo quería decir que estas maniobras de la derecha no son solamente a nivel político y económico, que es lo más evidente, sino también a nivel ideológico. Hablar de libertad, de democracia, de toda una serie de términos abstractos que son verdades fuera de la propia persona, para mí hablar de esto no me tiene ninguna credibilidad. Tengo que saber qué tipo de libertad se va a conseguir y se va a poder dialogar. Hablar de diálogo cuando no hay igualdad me parece a mí que esta ideología viene promovida y mantenida por la derecha. Aquí yo haría mi crítica a la Democracia Cristiana, que participa en este mismo proceso, digamos cultural. Por otra parte el marxismo, con todos los defectos que pueda tener en cuanto a realizaciones sociales concretas, no obstante sí que imprime un nuevo tipo educativo, de análisis de la realidad. No es una teorización abstracta, sino una teoría vinculada estrechamente a lo que realmente es posible. Estos problemas de credibilidad yo creo que son ciertos, pero es a niveles tácticos como se van manteniendo procesos. Pero existe una doble manera de ver la realidad, de partir de puntos distintos. Entonces, en momentos concretos se encuentran, pero cada uno tiene su proyecto de más allá.

A. CANELLAS.— Entonces es que no creemos en el pluralismo.

J. RIBERA.— Pero es que no se puede defender el diálogo, porque el diálogo no es posible si unos tienen poder y otros no tienen. Así no se puede dialogar. Hay que conseguir antes la igualdad que lo hace posible. O sea que en el fondo no tienen credibilidad.

B. LEIGHTON.— El problema vuelve a ser el mismo de distinguir entre la política y la ideología. El marxismo claro que hace un análisis de la sociedad, pero no da una receta política. Ha hecho un análisis de las luchas sociales y de las interferencias de las clases y de la lucha de clases, pero no ha dicho cómo solucionarlo. Y los que creyéndose los mejores intérpretes de Marx dieron la solución política, se encuentran con que ahora en nombre del propio marxismo son también combatidos. Al mismo Lenin le dicen que eso sería para Rusia pero que no se puede aplicar en China. Bueno, usted dice: "Anulamos el diálogo democrático y tomamos otro camino". ¿Pero cuál camino? Y cuando llegue al poder ¿cómo va a dialogar? ¿Y cómo va a vivir? Porque el diálogo no puede ser interminable, tiene que tener un término.

J. RIBERA.— Eso son fórmulas a conseguir, pero de momento lo que no tenemos es diálogo.

B. LEIGHTON.— Evidentemente. Por ejemplo, en Chile, estábamos tratando de crear toda una estructura de participación laboral en las empresas más importantes que tuviera facultades dirimientes por parte de los trabajadores. Cosa que era muy difícil. E incluso la posición del gobierno, que yo compartía, aparecía más reaccionaria, más a la derecha que la Democracia Cristiana, que en ese punto no compartía. Porque en ese punto la Democracia Cristiana decía: "Entréguense los Bancos a los empleados y hay que crear consejos bancarios elegidos por los empleados, a lo más por los accionistas, pero el Estado no tiene intervención mayoritaria ni decisoria". Eso no se puede hacer.



A. Cañellas: Unos y otros hemos sido juguete de la derecha.

Lorenzo Gomis: La experiencia chilena se parece a la española.

porque el Banco debe ser una institución no para los empleados del Banco, sino para la sociedad. Y esa finalidad social no la pueden representar sólo los empleados, como tampoco los accionistas. En ese momento aparecía muy raro por qué algunos eran partidarios de todo el poder para los empleados, si nunca lo habían planteado. Se había infiltrado la extrema derecha. Era una provocación. Querían plantear un problema entre la Unidad Popular y los empleados de Banca. El problema político hace indispensable considerar el camino del proceso. Y a eso debe servir la democracia: a que camine el proceso. Y eso es uno de los instrumentos y no se ha encontrado otro mejor. Ha sido un proceso de perfeccionamiento del trato humano. Porque antes se decía: "No elijamos presidente, veamos quien es el hijo del rey". Y se han inventado procedimientos todavía más curiosos que el de los hijos del rey...

La situación actual de Chile tiene elementos muy distintos a la situación inicial española. Uno de ellos es la Iglesia, que con todos sus defectos está en una posición de apertura y de comprensión; por otra parte la tradición, la carga, la organización obrera y laboral que sigue viva, con fuerza y conciencia, que no está muerta. Todo esto hace que las diferencias puedan ser aprovechadas para que el período no sea más allá del 30 por ciento del otro período...

J. EDWARDS.— ¿Esto, en años, cuanto da?

A. CANELLAS.— Nueve años...

B. LEIGHTON.— No, perdón, el 10 por ciento, que son tres años...

ROSARIO BOFILL.— Eso depende de Estados Unidos y de quien tenga las armas.

Enfrentar a los comunistas con otra dictadura es cosa graciosa, también.

B. LEIGHTON.— Depende y no depende. Porque resulta que ahora al señor Ford en Norteamérica le dicen: "Mire, caballero, para apoyar lo que usted apoya, ni cinco". Y él les dice: "Es que triunfa el comunismo". Pues que triunfe, qué le vamos a hacer, es el problema de ellos. Además no va a triunfar el comunismo porque en Vietnam va a llegar otra cosa. Además, enfrentar a los comunistas con otra dictadura es cosa graciosa, también. Y le han dicho: "No se da la plata, ni en Camboya ni en Vietnam". Y a este señor Pinochet que vayan a decirle que mejore la imagen. Porque Pinochet les dice a los demás países que tienen que ser humanitarios y que tiene que mandarles a Fulano, Zutano y Mengano. Y los demás países le dicen: "¿Y por qué no los deja libres en su país, señor?". Lo que pasa es que estos tipos se lanzaron con la idea más estúpida que podía pasarles

por la mente: ellos solos luchar contra el marxismo. Se parece a una que les pasó ya hace mucho tiempo a los comunistas en Chile: cuando ya se veía que la guerra fría había pasado, ellos solos seguían en lucha con los Estados Unidos. El mismo Pinochet se está dando cuenta, porque dice que hay marxismos y marxismos: "Por ejemplo, el de los chinos, dice, es muy aceptable, o el de Rumanía o Albania, porque no intervienen en la vida interna de los países...". Eso lo dijo y se publicó en el Mercurio.

ENRIQUE FERRAN.— Hoy he leído en la prensa que la C.I.A., ha declarado que su intervención en Chile se limitaba a que en las elecciones ganaran los demócratas. Pero que el ejército se les adelantó. ¿Debe ser una mentira, no?

B. LEIGHTON.— Claro, evidentemente. Lo que pasa es que en todos los países del mundo hay gentes que están en muy buenas relaciones con la C.I.A.

Una de las cosas en que estábamos de acuerdo con Salvador Allende, yo al menos, era en no entrar en el gobierno.

I. PUJADAS.— Usted ha definido el cambio social como el paso del capital al trabajo. Ahora bien, si analizamos todo el programa de la Unidad Popular, vemos que precisamente pretendía esto. Lo que me preocupa es cuál es el pecado original de la Democracia Cristiana para que no pudiera reconocerlo dentro de la Unidad Popular. Como también me preocupa mucho cuál es el pecado original del marxismo, o del MIR, o de la Unidad Popular, también para no reconocer sus errores. Aquí todos tenemos inspiración cristiana, pero yo me declaro totalmente socialista y creo asumir la cultura marxista sin mayores problemas. Entonces no veo la necesidad de un partido que me proteja esta inspiración cristiana como tampoco de que proteja esta inspiración para proyectarla a la sociedad, porque creo que esto en todo caso lo ha de hacer la Iglesia si tiene pantalones para hacerlo y tiene un mensaje válido. ¿Qué se esconde detrás de la exigencia suya de que su partido sea de inspiración cristiana? En definitiva al no querer entrar en la Unidad Popular, lo que se logró fue la división del pueblo. Recordemos los primeros años cuando se crearon dos primeros de mayo, se intentó crear dos aparatos sindicales paralelos, etc. ¿Es la inspiración cristiana lo que puede definir un partido o puede definir una estructura ante la sociedad? ¿O bien son las adherencias liberales burguesas que se han apoderado de la inspiración cristiana, manipulándola y degradándola? Para mí fundamentalmente hay como dos mundos culturales: el que ha creado el mundo cristiano y el que ha creado el mundo marxista y estos mundos culturales no tienen ningún aparato de comunicación, ningún vaso comunicante. Me gustaría aclarar que partiendo de la misma inspiración cristiana nosotros llegamos a distintas formas de entender la realidad. No puede ser la inspiración cristiana lo que nos separa, sino una forma distinta de entender todo el proceso social. Manipular el cristianismo para cosas que son de carácter social se está planteando en una instancia que no es la correcta.

B. LEIGHTON.— Lo que pasa, Ignacio, es que los partidos políticos no nacen sólo por una razón de ideas. Nacen también por una razón histórica, social, por muchas razones personales de grupos que se juntan. Entonces, la Democracia Cristiana nació porque un grupo de muchachos de hace 45 años, formados en el pensamiento cristiano, quisieron aplicarlo en Chile. ¿Dónde íbamos a aplicarlo? Nosotros no éramos sacerdotes, sino laicos. Y aplicamos a Chile lo que pensábamos que era lo mejor en el fondo de las cosas, no en todos los detalles, que por cierto no se trataba de esto. Así se fue formando esto de inspirar una política en el mensaje de Cristo, dejando la confesionalidad, la cuestión religiosa como tal, dejando la Iglesia en sus funciones propias. Ahora, ¿qué ha ido pasando? Que nosotros hemos tratado de ir siendo leales a esto. La Unidad Popular apareció mucho después de nosotros. Incluso mucho después de nosotros apareció el pensamiento de los socialistas en muchas cosas. Nosotros hemos estado luchando durante muchos años, por ejemplo, con la idea de que los trabajadores participaran en la vida y en la dirección de la empresa. Hace treinta años los comunistas se reían a gritos de eso, porque decían que era destruir las luchas reivindicativas de los trabajadores. Las luchas reivindicativas se han transformado en los grandes tropiezos para una cosa más profunda. Ese es el hecho. Por eso la política no es asunto de concepciones intelectuales que se van a poner sobre la sociedad, sino que es una manera de ir conduciendo, de tratar de ayudar a una conducción para que los trabajadores mismos en su conjunto vayan abriéndose paso. ¿Por qué nosotros no participamos en

la Unidad Popular? ¿Qué era lo lógico que hicieramos? Que tratáramos de llegar a acuerdos en aquello en que estábamos conforme con ellos. Y eso fue lo que tratamos. ¿Por qué no se llegó a acuerdos? Porque había intereses encargados de que estos acuerdos no se produjeran y se manejaron esos intereses con mucho talento. Nosotros aparecíamos como entreguistas, como vendidos al comunismo, como cobardes... Sin embargo, nos mantuvimos la mayoría, otros cayeron en culpar al marxismo. Yo era ministro del Interior cuando me llegó un obispo a hablarme de que los muchachos en la Universidad eran marxistas y hacían esto y esto otro... "Mire usted, señor obispo, ¿usted ha estudiado el marxismo?, le dije, ¿conoce usted el marxismo?". No lo conocía. "Entonces, ¿por qué dice que son marxistas? Lo de esos muchachos puede ser hasta cuestión de locura, de esquizofrenia"...

En Chile se introdujeron cosas ajenas. Lo que pasa es que es muy difícil concebir esa política. Te lo digo con toda franqueza, Ignacio. ¿Por qué no entraron en la Unidad Popular?, me preguntas. Mira, una de las cosas en que estuvimos de acuerdo con Salvador Allende, yo al menos, era en no entrar en el gobierno. Se trataba de no organizar un enorme lío. De ir poniéndonos de acuerdo. Si tú quieres, esto es mucho menos brillante, menos atrayente. Pero es que ese es el deber de los hombres que aspiramos a inspirarnos, sin decirlo mucho, porque entonces se confunden las cosas, pero a inspirarnos lealmente... Yo soy un convencido de que Cristo no vino sólo para salvar el alma, sino que vino para salvar al hombre aquí, y en las cosas de aquí, incluida la política. Pero esta interpretación uno tiene que hacerla con mucha cautela para no parecer un beato de la peor especie.

J. EDWARDS.— Yo pienso que es bastante fuerte aquí en España la idea de que la legalidad chilena era un producto de la derecha. Y yo les he observado muchas veces a amigos españoles dos cosas: las dos ocasiones históricas en que fue destruida la legalidad chilena fue por la derecha. Por la derecha aliada con el imperialismo. La primera vez el año 91, en la guerra civil, por una combinación del imperialismo inglés con la extrema derecha, que estaba en el parlamento y que derrocó a Balmaceda. Y ahora se ha repetido el mismo caso. En cambio, la legalidad chilena permitió un desarrollo de las fuerzas populares que es bastante excepcional en América.

B. LEIGHTON.— Hace treinta o cuarenta años, la lucha entre los comunistas y los anarquistas era también sobre la legalidad de los sindicatos. Y los comunistas dijeron: "Nos metemos en los sindicatos". Los anarquistas dijeron: "Jamás"... ¿Ni siquiera hay anarquistas ahora! ¿Por qué? Porque tiene esa condición el país, que no sé de dónde la saca, pero que la tiene indudablemente.

La composición humana de la Democracia Cristiana es semejante a la de la Unidad Popular. Tenemos que llegar a un acuerdo con la Unidad Popular.

JUAN J. MORALES.— Yo pienso que es que se habla muchísimo de la democracia burguesa, del poder legal burgués, etcétera, en ese sentido y desde esta perspectiva, y se tiene un recelo enorme a la democracia porque entendemos que la democracia en el fondo es una forma de manipulación, salvo cuando se demuestra lo contrario. Por eso yo quería preguntarle qué fuerzas hay detrás de la democracia. ¿Son las fuerzas burguesas? Entonces, ¿cómo estas fuerzas burguesas van a entregar el poder al pueblo? Yo creo que una clase no puede entregar gratuitamente el poder a otra clase.

B. LEIGHTON.— La composición humana de la Democracia Cristiana es muy similar a la de la Unidad Popular. Con alguna diferencia: nosotros tenemos algunos elementos de la alta burguesía, pocos; la clase media en general está más hacia nosotros que en la Unidad Popular; ¿qué reemplaza en la Unidad Popular el número, considerando que la diferencia numérica es muy poca? El proletariado industrial, que está mayoritariamente en la Unidad Popular. Nosotros tenemos un sector importante del campesinado. Pero la composición humana no son dos clases distintas, sino dos formas de ver las cosas políticas por gente perteneciente a la misma clase social: burguesía media, con elementos trabajadores. De manera que estas dos composiciones humanas pueden formar una gran base social para llevar adelante el proceso que el país había emprendido.

J. EDWARDS.— Burguesía media en un país no desarrollado a la europea, sino en un país en que la pequeña burguesía se empobrecía paulatinamente por el proceso de inflación, esto es muy importante.

X. GONZALEZ ELORRIAGA.— *¿Las posibilidades políticas más reales serían un gobierno de centro-izquierda?*

B. LEIGHTON.— Mira, a mí no me gustan mucho los calificativos. Creo que tenemos que llegar a un acuerdo con la Unidad Popular, y nos vamos a amarrar a él como a una cadena y no vamos a aflojar. Porque, evidentemente, si llegamos a un acuerdo para después de la dictadura —y para antes también—, acuerdo de coordinación de fuerzas, no de formar un frente y fusiones y todo esto a que los comunistas amigos míos son tan dados, de frente antifascista o así. Yo les digo: "Dejemos los frentes. Pongámonos de acuerdo en lo que vamos a hacer en cosas concretas, porque detrás del fascismo se pueden hacer muchas cosas".

Concretamente: ¿Reposición de las estructuras de participación laboral? Sí, señor. Y se reponen las nacionalizaciones vueltas atrás. ¿Se realiza la Reforma Agraria? ¿Cómo no! Y se crea un tipo de propiedades colectivas para la agricultura. Eso debemos hacer. Acuerdos concretos, y nos amarramos y los defendemos. Y al que venga a decir que vamos muy rápidos, que vamos muy lentos, le vamos a decir: "Caballerito, espérese un poco y si friega mucho le metemos en la cárcel".

La ley debe estar para garantizar la libertad precisamente. Nunca en el mundo un reformador social ha permitido hacer absolutamente todo lo que se quiera.

I. PUJADAS.— *Eso va contra su democracia ¿no? ...*

B. LEIGHTON.— Yo metí en la cárcel a los "momios" y a los dirigentes sindicales que me hacían huelgas ilegales en servicios vitales.

I. PUJADAS.— *... ¿No va eso contra la libertad? ...*

B. LEIGHTON.— No, no. La ley debe estar para garantizar la libertad, precisamente.

A. CASSELLAS.— *Exacto.*

I. PUJADAS.— *Entonces hay que reprimir a ciertos sectores.*

B. LEIGHTON.— Naturalmente. A mí una vez siendo ministro me vinieron unos dirigentes y me dijeron que me iban a montar una huelga: "Vamos a llegar hasta las últimas consecuencias, señor ministro". "¿No serán las penúltimas? Las últimas son mías, compañeros", respondí. "Porque si me hacen una huelga de electricidad, yo espero tres días, y si no hay trabajo ustedes van a la cárcel hasta que se arregle la huelga. Yo entretanto buscaré arreglar la huelga. Pero ustedes no van a ser tan graciosos de dejarme la ciudad a oscuras y a obligarme a tener militares en todos los trabajos de electricidad por una cosa que estamos arreglando". No había huelga. Y cuando la había, se arreglaba. Y cuando los momios me comenzaron a mover la Marina, con declaracioncitas y cosas, los pesqué presos y los pasé a la justicia. Lo que no habían podido descubrir en la Marina apareció en cuatro días. Porque los tipos estaban en conexiones y cuando yo le pegué el palo al gato afuera, se entregaron adentro. Eso desgraciadamente fue lo que no tuvo Salvador. Poder ubicar bien a los tipos de afuera. Las cárceles no se pueden suprimir. Ni en un régimen futuro cristiano socialista. Y que el que quiere hacer lo que quiere... ¡Córta! Acuérdate lo que pasó en Chile. ¡Hasta un cementerio se tomó! Una vez en la Cámara irrumpió un diputado: "¡Pero cómo vamos a aceptar que se esté tomando la fábrica de chupetes helados! ...". Una fábrica de doce o quince obreros. A esa gente le faltaba formación.


J. EDWARDS.— *Y allí estaba la mano también, la mano mora de la provocación.*

B. LEIGHTON.— Y tienen también razón los portugueses cuando dicen a los demócrata-cristianos: "Ustedes serán muy demócratas-cristianos, pero si han estado metidos en esta conspiración, se disuelve su partido". Y ¿crees que no tienen gente en la cárcel en Portugal?

I. PUJADAS.— *¡Claro que la tienen! Estamos de acuerdo. Pero no hay que rasgarse las vestiduras, por eso...*

B. LEIGHTON.— No. Ignacio. No ha habido nunca en el mundo ni un solo reformador social que haya permitido hacer absolutamente todo lo que se quiera. ¿Lenin, Fidel Castro? ¿Quién? ¿Pinochet? ¿La Revolución Francesa? ... ¿Quieres otro Napoleón al final de todos esos bailes? ... ●

Fotos EMILIO PEREZ DE ROZAS



SINOPSIS de los 4 EVANGELIOS

con paralelos de los Apócrifos y de los Padres
por P. BENOIT, M.-E. BOISMARD, J.L. MALILLOS



la nueva
SINOPSIS

PEDIDOS. A EDITORIAL DESCLEE DE BROUWER HENAO-6 BILBAO-9

9 características

El texto, dividido en partes muy pequeñas, está dispuesto de tal manera que siguiendo la misma línea, se perciben el momento sus semejanzas y sus diferencias.

La traducción trata de reflejar lo más posible todos los matices del original griego.

Se ha respetado el orden de cada uno de los Evangelios. Cuando los textos aparecen en distinto orden en varios Evangelios, se vuelven a repetir junto a sus paralelos: estos pasajes desplazados están claramente señalados tipográficamente. Todas las partes de cada Evangelio pueden leerse en el contexto en que las ha escrito el propio evangelista; y también puede hacerse la lectura continuada de cada Evangelio con toda normalidad.

Los índices, muy detallados, permiten una cómoda consulta de toda la Sinopsis.

de ellas 5 totalmente nuevas

En los casos en que una misma palabra española corresponde a diferentes términos griegos, el texto aparece marcado con un trazo vertical.

También se han puesto en columnas paralelas los duplicados que aparecen en los Evangelios sinópticos.

El cuarto Evangelio se ha incluido totalmente en la Sinopsis. De esta manera se ha compuesto una sinopsis joánica que permite un estudio más profundo del Evangelio de Juan.

También el texto de la Sinopsis está completado con un triple registro de notas: variantes textuales que interesan al problema sinóptico; referencia a los textos del Antiguo Testamento citados en la Sinopsis; textos paralelos a los de los Evangelios que provienen de otros escritos del Nuevo Testamento, de los Evangelios apócrifos, y de los Padres de la Iglesia.

Se ha procurado, en lo posible, emplear un mismo término español para traducir el término griego que se repite idéntico en todo el texto evangélico.

Un volumen, de 22 x 28 cms., 400 páginas encuadrado en tela negra, con incrustaciones en oro, 690 Ptas.